

A woman with vibrant pink hair and red lips is lying on a bed of dry leaves. She is looking upwards with a serene expression. The scene is illuminated by warm, golden bokeh lights, creating a dreamy and romantic atmosphere. In the upper left corner, a hand is visible, holding a small, dark, textured object. The overall composition is artistic and evocative.

*Lay cita
misteriosa*

L A D Y A M O R

La cita misteriosa

·LADY AMOR·

Foto de portada: Pexels

Copyright © 2019 Lady Amor

All rights reserved.

Antonio se miró una vez más en el espejo. No le había dado tiempo a ir a casa a cambiarse de ropa después del trabajo, pero por suerte su aspecto era bastante decente. Cuando había empezado a trabajar en aquel banco, la idea de tener que vestir todos los días de traje y corbata le había parecido horrible, pero tras seis meses se había acostumbrado.

Y su «uniforme» tenía ciertas ventajas, pues desde que trabajaba en el banco atraía más miradas femeninas que nunca. Los trajes le quedaban bien, ¿qué iba a hacerle? Cuando le dijo a su madre que iba a empezar a trabajar allí, esta insistió en regalarle dos trajes buenos. Antonio protestó, sobre todo al ver la cantidad indecente de dinero que quería gastarse en aquellos trapos, pero lo cierto es que aquellos pantalones le sentaban como un guante y habían hecho que ligar fuera bastante fácil. Lo malo es que él no quería líos de faldas. No ahora. No después de lo de Marta.

Pero oye, tener la autoestima bien alta no le sentaba mal a nadie, y las miradas que atraía con aquellos trajes le hacían sentirse bien en lugar de un pedazo de mierda como se había sentido después de que su pareja lo dejara de la noche a la mañana diciéndole que ya no le quería. En verdad, lo que le hacía dicho había sido todavía más cruel: le confesó a la cara que nunca lo había querido. Que había sentido cariño por él, pero no amor. Y se daba cuenta ahora, tras enamorarse «de verdad» de otro y descubrir cómo era el amor real.

Buscó en el bolsillo de su americana el papel que se había encontrado esa mañana en su escritorio tras la pausa que se tomaba para el café. Estaba perfectamente doblado y en la parte exterior no ponía nada. De no haber sido porque lo habían dejado encima del teclado de su ordenador, no lo habría visto entre todos los papeles de su mesa.

Desplegó la hoja y volvió a leer el mensaje que contenía.

Me gusta mirarte. Me gusta escucharte hablar. Guapo por dentro y por fuera, eso es lo que eres. Y me gustaría conocerte un poquito más. Fuera de aquí, de estas cuatro paredes, donde

podamos ser realmente tú y yo. ¿Nos vemos esta noche? En el bar Costa Rica, a las 21:00. Búscame, iré de rosa.

Era la primera vez en su vida que recibía una carta de amor. ¿O más bien era una carta de una admiradora secreta? En cualquier caso, nunca había recibido ninguna de las dos, así que seguía siendo su primera vez.

«Me gusta mirarte». Sonaba un poco a acosadora, pero confiaba en no estar yendo al encuentro de una psicópata. Escribir una nota de ese estilo tenía que ser complicado. ¿Por dónde se empezaba? ¿Qué se decía? Seguro que su admiradora había comenzado de ese modo un tanto siniestro porque no se le había ocurrido nada mejor.

De nuevo, Antonio intentó adivinar a quién se iba a encontrar en el bar, pero no tenía ni idea. La oficina era grande y no había sentido que atrajese más atención de la habitual. Podría ser cualquiera. Incluso un hombre.

Releyó la nota, preocupado de pronto. Había dado por hecho que sería una mujer, pero ¿y si iba a aquella cita y se encontraba con un compañero en lugar de con una compañera? En el texto no se especificaba el sexo del remitente. Y el rosa ya no era exclusivo de mujeres, así que bien podría estar yendo al encuentro de un hombre con una camiseta color salmón. Desde que estaba en aquella oficina varios compañeros le habían dejado caer que eran gays, a ver si le interesaba, pero los pobres se habían llevado un chasco.

Se rio frente al espejo ante la idea de que sus pantalones de traje eran irresistibles tanto para hombres como para mujeres. Su madre no sabía lo que había hecho cuando se los compró. O igual sí. Al fin y al cabo, cada fin de semana la buena mujer protestaba por no tener todavía nietos.

No quería admitirlo, pero estaba un poco nervioso. Nunca se había visto en una situación igual y no sabía cómo debía actuar. Lo cierto es que no se veía saliendo con ninguna compañera de trabajo. Ninguna le llamaba especialmente la atención. Bueno, eso no era del todo cierto. Había varias que le parecían muy guapas, pero desde que lo había dejado con Marta hacía tan solo dos meses, no tenía ganas de enredarse de más con ninguna mujer, y salir con alguien del trabajo, aunque solo fuera para echar un polvo, era meterse en un

marrón tremendo.

Tenía claro que de aquella cita no iba a salir nada. A lo largo de todo el día había ido pensando en cómo rechazaría a su admiradora secreta. Quería ser delicado. Que supiera que no era cosa de ella, sino de él. Que no estaba listo, que no quería salir con alguien del trabajo, que en ese momento no buscaba nada...

Casi tenía el discurso preparado en su cabeza.

¿Y por qué iba si tenía decidido que no quería nada? Quien lo había citado en el Costa Rica seguro que le había visto leer la nota. A fin de cuentas, le gustaba mirarle. ¿No decía eso la hoja? Seguro que le había dejado el papel sobre el escritorio y había corrido a refugiarse en algún lugar seguro desde el que poder ver su reacción cuando descubriera el contenido. Así que había decidido ser un caballero. Iría, se tomaría una copa con ella y después le diría que no estaba interesado.

Sí, aquello era lo más cortés. No quería malos rollos en el trabajo.

Además, ¿qué narices?, sentía curiosidad por saber quién le había mandado aquella nota. ¿A quién le gustaría mirarle y escucharle? Se sentía muy halagado y quería devolver el guiño de forma educada y cortés, no con un desplante.

Miró su reloj de muñeca una vez más. Faltaban solo diez minutos, así que debía ponerse en marcha. El Costa Rica estaba muy cerca de la sucursal, de hecho, era donde solían ir a tomar un aperitivo y una copa después del trabajo. No descartaba encontrarse allí con más compañeros, aunque él era uno de los pocos que se había quedado trabajando hasta tan tarde. Solían terminar a las tres del mediodía, pero había tenido que encargarse esa tarde de unos papeles.

Mientras iba de camino al bar, le rugieron las tripas. ¿Sería muy maleducado pedirse un sándwich además de una cerveza? Lo habitual en una cita en un bar era beber. Para cenar ya estaban las citas en restaurantes. Su estómago volvió a protestar y Antonio se recordó que aquello no era una cita al uso. De hecho, ni siquiera era una cita real. Iba solo para que su compañera de trabajo, fuera quien fuera, no lo odiara para el resto de la eternidad por ignorar su «notita de amor».

Al entrar en el local, repasó rápidamente a toda la clientela en busca de un vestido rosa. No encontró ninguno, aunque sí que reconoció a un compañero de trabajo al que saludó con un gesto. Volvió a estudiar su entorno, buscando camisas o camisetas rosas. Nada. ¿Y algún detalle más pequeño? Quizá lo de «iré de rosa» se refería a unos zapatos, un pañuelo o algo así.

Avanzó por el local sin divisar nada rosa y, para no quedarse parado como un pasmarote en medio del bar, decidió sentarse en un taburete en la barra. Había una cerveza empezada junto a un plato con un sándwich, pero no se veía a nadie cerca. Aun así, respetó aquel asiento y se colocó un par de taburetes más allá.

—Oye —llamó al camarero—, ¿me pones una cerveza y un sándwich mixto?

—Marchando.

Sabía que era de mala educación pedir antes de que llegase su cita, pero tenía muchísima hambre. Si el camarero se daba prisa, igual le daba tiempo a engullir el pequeño bocadillo antes de que su misteriosa chica de rosa llegase. En España la puntualidad no era la mayor virtud de la gente.

—Hola.

Se giró hacia la derecha para responder al saludo y la respiración se le cortó en el instante en que vio el llamativo color rosa del pelo de su acompañante.

—Claudia —murmuró.

En la oficina trabajaban cerca de cincuenta personas. Casi la mitad eran hombres, por lo que esa mañana, mientras intentaba adivinar quién era su admiradora secreta, había estado dudando entre unas veintipocas mujeres. En verdad no había llegado a descartar cien por cien a ninguna, pues en los tiempos que corrían no podía hacerlo por edad, ni por estado civil, ni por nada, pero sí que había hecho una lista mental de «más probables» y «menos probables».

La mujer que ahora mismo tenía delante había ido directa a la lista de menos probables. No por su edad, ni por no desear que fuera ella... ¡joder!, la

había descartado porque nunca, jamás, jamás de los jamases, habría esperado encontrársela allí.

Era muy reservada y un poco rara. Bueno, más bien muy rara. No hablaba con nadie, no solía ir de copas con los compañeros de trabajo, no socializaba casi. En el trabajo se ponía sus enormes auriculares para aislarse del resto del mundo y se ponía a trabajar. Era la eficiencia personalizada y una puta *crack* de las matemáticas. Por eso la había contratado el banco pese a su aspecto, tan poco ortodoxo para una entidad bancaria. Pero claro, ella no atendía al público, sino que se encargaba de gestiones internas, y que le gustase teñirse el pelo de los colores más estrambóticos no les supuso un problema real a sus jefes a la hora de contratarla.

Cuando la conoció llevaba el pelo de color azul. La última vez que la vio, hacía tan solo un día, llevaba el pelo verde. Y hoy, ¡bam!, rosa.

«Iré de rosa».

—¿Estás bien? —se interesó Claudia al ver que él la miraba fijamente sin decir nada más que su nombre. Se había sentado frente al sándwich y la cerveza que Antonio había visto antes sobre la barra.

—Te has teñido de rosa —fue lo único que atinó a decir él.

—Sí. Ya estaba cansada del verde. ¿Te gusta? Qué tontería, seguro que no te gusta.

—Sí me gusta —contradijo él rápidamente—. Te queda muy bien.

Claudia lo miró sorprendida y le dedicó una tímida sonrisa antes de darle un sorbo a su cerveza.

Antonio se obligó a dejar de mirarla fijamente. Le había sorprendido tanto que fuera ella la que le había dejado la nota, que no había podido apartar la mirada. Y aquella sonrisa... aquella sonrisa tímida que le había dedicado le había estrujado un poquito el corazón. Y no tenía por qué. ¿O sí?

Era la última compañera a la que había esperado encontrarse allí, pero paradójicamente era la persona a la que más se alegraba de tener a su lado en aquel momento. Siempre le había llamado la atención. No en plan sentimental ni sexual, pero sí que tenía un algo que le intrigaba. Era diferente. Misteriosa.

Una planta rara en un jardín donde todas las mujeres parecían clones. En el banco no los obligaban a llevar uniforme, pero sí a vestir bien. Ellos de traje, ellas con ropa elegante, ya fuera vestido o traje. Todos eran de la misma tribu urbana. En horario laboral se volvían pijos. Claudia, aunque vestía correctamente, siempre destacaba entre todas las demás.

—¿Seguro que te gusta mi pelo? Lo miras muy fijamente —se rio ella.

Antonio apartó la mirada de nuevo. No se había dado cuenta de que se la había quedado mirando otra vez como un perturbado.

—Disculpa, es que no esperaba encontrarte aquí.

—Ya, no suelo venir, pero hoy me he quedado hasta tarde trabajando y al salir tenía un hambre tremenda. No podía esperar a llegar a casa y he decidido hacer una parada en boxes —bromeó antes de darle un gran bocado a su sándwich.

—A mí me ha pasado lo mismo —afirmó Antonio, y para corroborar sus palabras, el camarero colocó frente a él la cerveza y el sándwich que había pedido minutos antes—. Parece que hasta hemos pedido lo mismo.

—Chinchín, pues —dijo ella alzando su botellín de cerveza—. Por una cena bien merecida.

Él se apresuró a entrecuchar los botellines y ambos sonrieron. Después, durante casi un minuto, se quedaron callados comiendo y bebiendo. Antonio esperaba que ella le dijera algo. A fin de cuentas, había sido Claudia quien lo había citado allí, le correspondía a ella dar el primer paso. Pero a la mujer parecía que se le había comido la lengua el gato. Pobrecilla, seguro que estaba tan nerviosa como él. ¿Sería la primera que hacía algo como aquello?

—Bueno, pues aquí estamos —comentó Antonio.

—Aquí estamos —confirmó ella, y tras un segundo de silencio, añadió—: Salvo que todo sea un sueño y en verdad no estemos aquí sino durmiendo cómodamente en nuestras camas.

—¿Crees que esto podría ser un sueño?

—O un mundo paralelo. O una visión. O... —titubeó—. La verdad es que

no se me ocurren más cosas que podrían ser.

—Me gusta lo del sueño. Es la versión más romántica.

Claudia se giró hacia él y enarcó una ceja. El vello oscuro de su rostro contrastaba con su pelo rosa.

—Así que romántica, ¿eh?

—Para eso estamos aquí, ¿no?

—¿Cómo?

Entonces se oyó una voz femenina detrás de él.

—¿Antonio?

Se giró y se encontró con Rosa, otra compañera del banco. Trabajaba a dos mesas de la suya y aunque esa misma mañana no la llevaba, ahora lucía una camisa rosa.

—La ostia —se le escapó a Antonio por lo bajini.

—¿Cómo dices?

—¡Perdona! Yo... Rosa, claro.

Ella sonrió ampliamente.

—Sabía que descubrirías mi juego de palabras y que adivinarías que no solo iba a venir de rosa.

—Claro, claro —Antonio se echó a reír de puro nervio.

Mientras elucubraba sobre quién podría haberle mandado la nota, no se había parado a pensar que había una Rosa en la oficina. Se había centrado solo en la acepción cromática de la palabra.

—¡Vaya! ¿Has pedido ya? —preguntó ella al ver la cerveza y el plato vacío delante de él.

—Sí, disculpa. Es que tenía muchísima hambre. No he parado en todo el día. Pero ahora mismo nos tomamos otra. ¿Qué quieres beber?

—Una cerveza. Voy a coger una mesa, ¿de acuerdo?

—Sí, claro —aceptó él, aliviado de perderla de vista durante un momento. Necesitaba recomponerse.

Se giró para llamar al camarero y pedirle dos cervezas. No se atrevió a mirar a Claudia, pues no sabía cómo hacerlo en ese instante.

—Ahora entiendo lo de romántico —dijo entonces ella.

Antonio tragó saliva con dificultad y se giró para verla.

Mierda. Había deseado que fuera ella, de verdad que sí. Había ido a aquella cita pensando en dar un «no» por respuesta, fuera quien fuera, y justo se había encontrado con la única persona que le había sorprendido tanto que el «no» había desaparecido bajo el peso de la curiosidad.

—No es una cita.

—Tranquilo, no diré nada en el trabajo —afirmó Claudia, e hizo como si se cerrase la boca con una cremallera.

—No, en serio, no es una cita.

Le fastidiaba que lo pensara. O más bien, que le importara tan poco. Que fuera como si nada hubiera pasado. Como si la extraña sensación que se había apoderado de Antonio durante los escasos minutos que habían compartido, no hubiera existido.

Claudia no llegó a responder, pues el camarero le trajo los botellines de cerveza y la joven se centró en lo poco que quedaba en su plato.

—Buenas noches —deseó Antonio con tono abatido al ver que ella no tenía intención de decir nada más.

—Buenas noches —respondió ella—. Que lo pases bien.

Conforme andaba hacia el lugar donde Rosa había pillado sitio, Antonio sintió que le pesaba el cuerpo. No quería una charla intrascendente y sosa con Rosa. Ya hablaba bastante con ella cuando coincidían en la máquina del café. La mujer se reía demasiado. Casi lo ponía nervioso con tanta risita. Aunque claro, si le había mandado aquella nota y realmente sentía algo por él, su risa nerviosa cada vez que hablaban cobraba sentido.

Se sentó frente a ella y, aunque intentó evitarlo, sus ojos volaron hacia la barra, hacia la chica de rosa.

Qué mierda.

Una semana después, Claudia se encontró varios post-it pegados en la pantalla de su ordenador cuando volvió de su pausa para almorzar.

En el primero se leía: *Me encanta tu nuevo color de pelo.*

En el segundo: *Tenemos una charla pendiente sobre sueños y mundos paralelos.*

En el tercero: *Cuando quieras, otro sándwich y una cerveza.*

Y en el cuarto: *¿Esta noche? Misma hora, mismo lugar.*

Alzó la mirada y buscó a Antonio. Lo encontró al otro lado de la oficina, muy lejos, pero aun así pudo distinguir la sonrisa nerviosa que lucía en su cara. Se lo imaginó tamborileando con los dedos como hacía cuando estaba inquieto.

Claudia sonrió también y su gesto voló sobre los escritorios de aquella oficina hasta aterrizar directa sobre el corazón de Antonio, que le cosquilleó bajo la piel.